

PREGÓN MAYOR
DE
SEMANA SANTA
2016

A CARGO DE
CARLOS CORREDERA REYES

PRESENTADO POR
RAÚL GODOY UCEDA

PALMA DEL RÍO

12 DE MARZO

AÑO DEL SEÑOR DE 2016

JUBILEO DE LA MISERICORDIA



“A Ti, que dejaste tu vida por mí en el madero.

A los cofrades de la Expiración.

A todos los cofrades que entregaron y entregan
su vida día a día trabajando por su hermandad.

A los que se dejan la piel y la vida por un mundo mejor...

A todos ellos, gracias.”

A mi padre...

A ti, que me postraste cara a cara con Cristo Crucificado...

a ti, que pusiste los primeros guantes y el primer antifaz

a un niño nervioso, y a su vez, entusiasmado...

Al que me dio el primer cirio, el que me enseñó a mirar

el rostro de Cristo, por Amor, entregado.

A ti, que me enseñaste el honor de tener hermanos,

que me ceñiste la capa y me apretaste la mano

la primera vez que vi al Señor expirando bajo el Arco.

A quien rezaba "Ave marías" mientras rozaba su manto,

y la llamaba "Dolores", especialmente el Jueves Santo.

Al esposo que fue uno con mi santa madre al lado;

al padre que hoy, desde el Cielo, aplaude al hijo declamando.

*Al hermano de la Expiración que siempre será dulce tintineo a su
paso,*

y al pregonero que fue, y que eterno se ha tornado.

A ti, Manuel Corredera; a ti, mi padre y hermano

en Cristo que nos redime; en Cristo que nos ha salvado...

A ti te pido que me tomes de nuevo esta noche la mano

como la primera vez que vi a nuestro Cristo expirando.

Para ti estas "Amarguras" de tarde de Jueves Santo,

porque sé que tú, papá, estás hoy aquí escuchando

(MARCHA AMARGURAS)

A Cristo Crucificado



*Cuerpo llagado de amores,
yo te adoro y te sigo
Señor de los Señores;
quiero partir tus dolores
subiendo a la Cruz contigo.
Quiero en la vida seguirte,
y por sus caminos irte alabando
y bendiciéndote...*

Y bendecirte sufriendo...

Y muriendo, bendecirte...

*Quiero, Señor, en tu encanto
tener mis sentidos presos;
y unido a tu cuerpo Santo,
mojar tu rostro con llanto,
secar tu llanto con besos.*

*Señor, aunque no merezco
que Tú escuches mi quejido,
por la muerte que has sufrido
escucha lo que te ofrezco,
y escucha lo que te pido:*

*a ofrecerte, Señor, vengo mi ser,
mi vida, mi amor, mi alegría, mi dolor,
cuanto puedo y cuanto tengo,
cuanto me has dado, Señor;*

*y a cambio de esta alma llena de amor
que vengo a ofrecerte, dame una vida serena
y una muerte santa y buena...*

Amén

José María Pemán

Paz a vosotros...

En manos de Cristo encomiendo hoy mi voz, al igual que encomiendo mi ser cada mañana para intentar dar lo mejor de mí. Así me lo enseñaron mis mayores, así intento trasmitirlo yo.

En estos momentos, lo único que soy capaz de exclamar, al igual que el Profeta Jeremías es: *“¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que soy sólo un niño”* (Jr. 1, 6). Así que he querido comenzar con una oración del escritor José María Pemán, para intentar que me llene de Paz, esa Paz que sólo aquel que tiene Palabras de Vida Eterna puede otorgar...

Reverendo cura párroco de San Francisco y a su vez Consiliario del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Palma del Río, que hoy representa al Equipo Sacerdotal de nuestra ciudad.

Ilustrísimo Señor Alcalde, Don José Antonio Ruiz Almenara, que nos representa a todos.

Señora Presidenta del Consejo de Hermandades, mi querida Belén González.

A esta misma hora, en su tierra natal, Luque, el consiliario de mi hermandad y mi párroco, Don Francisco Baena Calvo, se encuentra pregonando la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús; lo que le ha impedido encontrarse esta noche con nosotros. Ha querido la casualidad que ambos nos veamos unidos en nuestra labor; así que deseo de corazón enviarle desde aquí mi ánimo y aplauso.

Señoras y señores; hermanos que habéis querido y podido acompañarme en este lugar y en este momento; a todos un saludo lleno de sentido y significado para algunos de nosotros. El saludo que Francisco de Asís, uno de los santos más importantes de la Edad Media europea y más queridos por mí brindaba siempre a los suyos: a todos, de corazón, Paz y Bien.

Quiero aprovechar este saludo para felicitar desde aquí a Minerva, que ayer nos contó cómo se viven desde un corazón joven y apasionado por la Semana Santa como el suyo, los días más grandes de nuestro calendario litúrgico. Minerva, no sabía lo que ibas a decirnos, pero con nuestra trayectoria vivida juntos, como antiguo tutor, como antiguo animador de Paz y Bien, como tu padrino de Confirmación... estaba seguro de que no me decepcionarías... felicidades, pregonera.

Y, por supuesto, te saludo a ti, hermano Raúl. Y te doy las gracias por tus cariñosas palabras, aunque injustas. Has hablado de mí y no has sido justo, porque la amistad ha sido capaz de cegarte y me has mirado con ojos de amigo. Esos ojos que convierten cualquier nimiedad en algo grande, magnificando cada pequeño detalle. No has sido justo conmigo, porque me estimas demasiado...

En el momento de escribir estas palabras me surge una duda: ¿a quién debo agradecer la presentación?

¿Al amigo que no conoce una negativa cuando de ayudar a otros se trata?

¿Al chirigotero ecijano, enamorado del Carnaval, y que tiene media alma rendida a orillas de la bahía de una “tacita de plata”, orgullo de Andalucía?

¿Al que trenza pasodobles hilvanados con su voz, cuando canta a la injusticia de este mundo, al que llama a ser mejor?

¿O al hermano...?

A todos ellos, Raúl; aunque de todos éstos, me quedo con esa última faceta: “hermano”. El que ha crecido conmigo bajo la sombra de Cristo Crucificado. El que fue mi guardaespaldas bajo la trabajadera del Señor, cuando el silencio se masca para intentar comprender lo inexplicable del Amor. El que, junto con otros, comparte conmigo horas en la Parroquia limpiando, arreglando, adecentando... para que todo luzca hermoso en cada uno de los actos de nuestra hermandad.

Raúl, tú eres para mí el “cofrade ejemplar”. Eres tú el que me muestra cada día el tipo de hermano que me gustaría llegar a ser. No deseas sobresalir, por todo eso quería que estuvieras aquí conmigo, compartiendo este inmenso honor que se me ha otorgado gracias al trabajo de personas como tú...

Otra vez aquí estamos, codo con codo como muchas otras veces, otro “Piraña” y otro “Corredera”. A buen seguro que ambos amigos están disfrutando hoy mucho desde el Cielo, viendo cómo nos toca a nosotros coger el testigo esta noche.

También va por ellos, Raulillo; siempre por ellos...

¿Por qué yo...?

Recuerdo, como si fuera ayer, el día 27 de marzo de 1993. Ese día, en la iglesia de Santo Domingo, de la que después sería mi casa, mi lugar de trabajo y en el que maduro día a día: el Colegio Inmaculada Concepción; a la sombra del carisma franciscano impreso por la Beata Madre Carmen del Niño Jesús, mi padre era el encargado de pregonar a Palma la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Viví ese momento como sólo lo puede vivir un niño de diez años... casi como mío propio. Y me dije que yo, algún día, querría estar en este atril, contando a Palma qué significaba para mí la Semana Santa.

Recuerdo, en los inicios del Consejo de Hermandades, las tardes previas al Pregón, tomando café en el bar "de los Novios" donde Manolo "el Novio" me servía un batido mientras lo escuchaba hablar con mi padre, Eloy Viro, Marcos Aguilar o Antonio García entre otros... para después llenar el salón de actos del Hospital de San Sebastián de sillas, mientras imaginaba que algún día las sillas serían para mí...

El tiempo pasó, crecí y entré a formar parte de la Junta de la Expiración, iniciando una historia de amor con mi hermandad que ha tejido mi vida y la tejerá para siempre. Pero el interés por pregonar se perdió, en parte; o mejor dicho, cayó en el olvido, en el profundo pozo de los anhelos que soñábamos de niños y que jamás sabes si podrás rescatar.

Proseguí en Sevilla mis estudios; y allí comencé a comprender otros aspectos y matices de este rico mundo cofrade: observé las grandes obras de caridad de algunas cofradías. Inspiré el incienso de cada templo, descubriendo en algún que otro rincón, a personas orando en silencio a Dios. Vi las lágrimas que provoca la fe sincera cuando eres capaz de adivinar, entre los trazos de la gubia en la madera el mismísimo rostro de Dios o de su bendita Madre...

Y te descubrí, Señor, sobre todo detrás de tres imágenes que, desde entonces, forman parte de mi vida: delante del Cristo de la Buena Muerte, de ese crucificado de "los estudiantes", me senté muchas veces a reflexionar, pidiendo fuerzas cuando la mente me seducía para dejar de leer, de estudiar y de aprender...

Me fasciné al mirar el rostro de Jesús del Gran Poder en San Lorenzo; emocionado al ver a tantos devotos sencillos desarmados ante la grandeza del Señor, a punto de caer con la Cruz de mi pecado. Y degustando la magnificencia de la sencillez y el estruendo que es capaz de provocar el silencio en el corazón.

Pero, por encima de todo, comprendí postrado de rodillas ante el Cristo del Amor, que a amar estamos llamados, que por Amor existimos; y que hay misterios de Amor tan grande que ante ellos sólo podemos arrodillarnos y rezar...

A medida que crecía, entre Palma del Río y Sevilla, tomaba conciencia de lo difícil que es formar parte y ser administrador de un legado tan rico y variopinto como el de la devoción popular cristalizada en las cofradías. Siempre que venía cegado por un nuevo descubrimiento dentro de mis experiencias cofrades o alguna idea poco madurada previamente, mi padre, así como su amigo, mi amigo Marcos Aguilar, me mandaban la misma tarea: *“barre y limpia cirios. Cuando estén limpios, montas los nuevos”*. Como si, a veces, no les interesase lo más mínimo la feliz idea que deseaba exportar en ese mismo instante. Mi ímpetu de juventud se rebelaba ante tal tarea. Yo era de la Junta de Gobierno; así que quería montar los pasos, poner la corona a la Virgen de los Dolores, o apretar el llamador y, si podía, llamar con todas mis fuerzas para que el sonido del metal contra la madera inundase la Asunción a la espera del Jueves Santo. Me callaba, protestaba para mis adentros y, sin saber muy bien porqué, continuaba limpiando cirios...

Los años han pasado, y tras toda mi vida perteneciendo a mi hermandad, tras todo lo vivido, ahora por fin lo he comprendido.

Gracias, Marcos. Gracias, papá. Gracias, mi querido Juan... gracias por enseñarme las fotos de Manuel Aguilar barriendo la puerta de la parroquia. Gracias por hablarme de cómo Cruces y “los viejos”, como con cariño nos referimos a ellos, compraban flores de plástico y las rociaban con aroma de clavel sobre el monte del Cristo cuando la economía no permitía dispendios extraordinarios.

Ahora lo comprendo... Entiendo lo que con palabras, pero sobre todo con el ejemplo, quisisteis enseñarme: *“si eres parte de la Junta de Gobierno de una hermandad y no estás para servir, no sirves para nada”*.

Con el paso de los años descubrí que la responsabilidad, los cargos, los títulos que tengamos... adquieren sentido en el servicio. En la entrega a tu hermandad. En la ayuda a tus hermanos.

Yo no quiero chaquetas, ni medallas, ni lugares de honor que no me corresponden. No deseo insignias ni varas que pasear para que los demás crean que soy alguien... Dadme mi escoba, dadme mi cuchillo y mis tacos de madera para limpiar cañas y candelería; pero por favor, por encima de todo: dadme mi cirio.

El cirio, uno de los elementos más pobres de todo el desfile procesional, pero el básico. Hay procesión con muchos o pocos elementos...

Pasa el Señor sin dalmáticas, pasa el Señor sin requiebros...

pero si falta el calor del cirio, si Cristo no tiene nazarenos,

la noche se vuelve negra y María no encuentra consuelo.

No quiero oro ni plata, no necesito un manto nuevo.

Cristo quiere que lo alumbres como tú sabes hacerlo.

Ahora lo he comprendido todo. El cirio está hecho para mí, y los que me conocen en mi faceta de cofrade lo entenderán perfectamente...

*Como el cirio he de dejarme quemar
por la llama del Dios verdadero.*

*Como el cirio yo quiero alumbrar
el camino de un Cristo moreno.*

Como el cirio...

Irónicamente, hace muchos años que no puedo disfrutar de la paz de llevar mi rosario en la mano y un cirio en la otra. Efectivamente, el cirio está hecho para mí, pero... ¿estoy yo preparado para llevar el cirio? O lo que es lo mismo, ¿soy lo suficientemente humilde, lo suficientemente valiente para, bajo el cubrerrostro, alumbrar los pasos de Cristo? Posiblemente no, de ahí mi papel cada Jueves Santo.

Agradezco al Señor que me esté mostrando todavía mi papel dentro de mi hermandad, que esté haciendo un "hombre nuevo" de esta vasija rota que debe abandonarse en manos del alfarero. Y para ello, utiliza a mis hermanos, para encargarme que me ponga al servicio de todos desde mi papel en la procesión: al servicio de cada uno de mis nazarenos, al servicio de lo que necesite mi hermandad... Y algún día, seré digno del mayor honor que puede tener un hermano: con mi túnica y mi capa, dejar la campanilla a un lado, y poder alumbrar a Cristo.

Y es precisamente ahora, Señor, cuando quieres que yo esté hablando hoy aquí. No cuando lo soñaba, ni cuando me dormía imaginando que declamaba desde este mismo atril. No cuando deseaba con todas mis fuerzas tener el honor de llamarme "pregonero"...

Ahora; quizá cuando he comprendido que me sobran muchas cosas que antes creía necesarias en la Semana Santa. Cuando menos me preocupa el tener muchos nazarenos, porque me siento orgulloso de los que tenemos. Cuando no necesito estrenar enseres nuevos porque ayudo a mis hermanos con los pocos medios de que disponemos... Tú quieres que ahora, yo que soñaba de pequeño con esto, sea hoy tu pregonero...

Sea, pues, Señor, acepto el reto que me planteas;

*ni discusión ni peleas; el atril aquí dispuesto,
el pregón entre mis manos y mi corazón sediento
de cantar tus alabanzas y de contar a mi pueblo*

*¡que eres Tú por quien yo vivo,
que eres Tú por quien yo muero,
que eres Tú, Señor del Cielo,
quien merece "tó" este esfuerzo!*

En Tu nombre, ¡oh, Jesús!

De este modo comienza el acta de refundación de mi hermandad, fechada en 1958. Así deseo yo comenzar esta noche.

En el fondo, ese debería ser el motivo y encabezado de todas las hermandades cada vez que comenzásemos cualquier obra, cualquier reunión, o cualquiera de nuestras procesiones.

Es Cristo el que nos vertebra, el centro de todas nuestras obras. Sin Jesucristo, no tenemos razón de ser. Pero, parece en algunas ocasiones que nos hubiésemos dejado llevar por el "pensamiento líquido" tan de moda hoy en día, perdiendo en algunos momentos las cofradías cierta "razón de ser". Esa actitud de ser "lo que toca" o está de moda que está provocando una crisis tan profunda en nuestras conciencias, sufre el peligro de instalarse también en nuestras hermandades; lo que se traduciría como "hacer lo que toca en cada momento".

A veces actuamos como autómatas que se dirigen movidos por un calendario que ha perdido cierto sentido, porque irónicamente, hemos eliminado a Cristo del mismo... Los triduos, quinaros o novenas; las eucaristías de hermandad; las mismas procesiones son un conjunto de ritos vacíos en el momento en el que Jesús no aparece como centro de los mismos.

En la Semana Santa nos hemos especializado en cuidar los cultos con altares de calidad en ciertos casos, con la asistencia de las Juntas de Gobierno, e incluso a "rellenar" los desfiles de enseres que muchas veces no comprendemos. Todo ello es lícito si tiene sentido, si el "brillo" no nos deslumbra demasiado...

Si mi altar de cultos no está movido por un engrandecimiento de la imagen, para que nos conduzca al Dios auténtico del sagrario, ¿para qué tanto esfuerzo?

Si mis eucaristías de hermandad se encuentran llenas de hermanos, pero sólo acuden a mis cultos, y no les ayudamos a descubrir el auténtico milagro del Sacrificio en el altar en cada eucaristía, ¿qué sentido tiene?

Si mi desfile procesional no es lo serio y respetuoso que debería, y no me sirve para preparar a las personas a la catequesis que deseamos mostrar con nuestros pasos, ¿de qué me sirve?

Las hermandades estamos llamadas a hacer una reflexión profunda en torno a estas cuestiones, porque en un mundo que rechaza a Dios hipnotizado por lo mundano, estamos llamados a ser profetas, testigos del siglo XXI, sin dejarnos llevar por lo mismo que debemos combatir con las armas del Amor.

Como profetas y testigos, pero... ¿qué destino reservó el pueblo de Israel a muchos de sus profetas? ¿Qué hicieron con ellos los grandes imperios? Somos enviados a dar testimonio de Dios a pesar de los insultos, a pesar de las dificultades, incomprendimientos o burlas. Ahora más que nunca, el carácter profético como testigos del Evangelio debe ser absolutamente fundamental en nuestra vida de hermandad.

Vivimos en un mundo que ha confundido la libertad con el libertinaje, donde, como tantas veces denunció Benedicto XVI, la dictadura del relativismo está dejando al ser humano vacío de contenido, de certezas fundamentales. Nos vaciamos de Dios para llenarnos de cosas, hasta que nos damos cuenta de que las cosas no consiguen llenarnos en plenitud. Frente a "tu verdad" o la mía se posiciona Cristo Camino, Verdad y Vida.

Por eso ahora, más que nunca, debemos salir a la calle testimoniando la alegría del Evangelio, a pesar de que algunos nos quieran encerrar en nuestras capillas y en nuestros templos. Cristo se propone para todos y nosotros debemos ser grandes vehículos de ese Cristo tan necesitado por el mundo de hoy.

Pero, ¿cómo hacerlo? Los espacios parecen cada vez más reducidos, las dificultades cada vez mayores... el desánimo y el miedo está comenzando a calar en nuestro corazón... hermanos, recordemos las palabras de San Pablo a los Colosenses: "*arraigados y edificados en Cristo, afianzados en la fe que os enseñaron*" (Col. 2,7). Cristo es nuestra roca, nuestro refugio seguro. Volvamos los ojos a Jesús ahora que la tempestad arrecia; porque con Cristo y por Cristo merece la pena trabajar por un mundo mejor.

¿Verdaderamente me creo esto? ¿Estará refiriéndose a mi hermandad cuando habla de profetas, de testigos, de Verdad...? Hermano, es la tuya y es la mía la que ayuda, en la medida de sus posibilidades, al que lo necesita. La que sirve de consuelo al triste, de refugio al extraviado. La que multiplica esfuerzos cada año para poder salir a la calle; y la que sufre la intolerancia de algunos que blasfeman a su paso, movidos por el simple odio a lo que no comparten o comprenden. Es la tuya y la mía que consigue arrancar una lágrima al anciano, a una madre preocupada por sus hijos, a una familia desahuciada por el sucio y rastrero dinero...

Esa es la tuya y la mía, porque Dios nos hizo hermanos en la misma comunión. Me da igual cómo sea tu Cristo, qué colores vistas o los símbolos de tu estandarte, porque el principal nos une: la Cruz, que es señal de victoria y felicidad; porque con su Muerte "Cristo venció a la Muerte y al Pecado", y nos recordó que somos hijos de un mismo Dios.

Nos gusta demasiado fijarnos en las diferencias: "de bulla o de silencio, con bandas o sin ellas..." sin darnos cuenta de que son parte de la idiosincrasia de una hermandad, pero no dejan de ser elementos que nos perfilan, pero no nos definen. El único elemento definidor es Cristo, y por eso somos cristianos. Todo lo demás, como cita el libro del Eclesiastés: "*vanidad de vanidades, y todo es vanidad*". (Ecl. 1, 2)

Hermano, viste la túnica que más te guste acompañando a Jesús en cualquiera de sus advocaciones, pero vístela por fuera y por dentro. Deja que tu hermandad se grave en tu corazón, pero no olvides que estamos marcados, por el bautismo, en la Cruz de Cristo Salvador. En estos momentos es fundamental comprender que sin unidad, no somos nada y nada podemos esperar... Malgastamos demasiado tiempo en polémicas inútiles que no conducen a ver lo bueno del otro, sino que nos convierten en "radicales cofrades" de nuestros gustos, alimentando un sentimiento de pertenencia a lo mío que no puede estar reñido con el orgullo de sentirnos parte de algo más grande que el "yo": la Iglesia; la Comunidad.

Vivamos un ambiente sano de unión en la diversidad cofrade, y dentro de nuestros estatutos, en las cofradías y el Consejo, incluyamos un apartado como el que San Pablo regala a los Colosenses: *"Así que, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el broche de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo cuerpo"*. (Col. 3, 12-15)

*El Amor es ceñidor
del cristiano verdadero;
y es el que hace volver
a aquel que tuerce el sendero.
Es, cofrade, dicho Amor
el que, a veces, no es amado:
cuando olvidas al Señor
y criticas al de al lado.
El Amor que Cristo dio
muerto por ti en el madero
tiene que ser tu medida
y tu camino hacia el Cielo.
Jamás lo dudes, hermano,
que tu vida ha de girar
en torno a la Cruz del
cristiano,*

*aquella que te enseña a amar.
Y cuando otros te pregunten
el porqué de tu actuar,
el porqué de tu alegría
y de tu modo de obrar.
"Amor", responde tranquilo;
"Amor", responde pausado;
Amor de un Dios hecho
hombre
y después, crucificado.
¡Es el Amor del Señor
al que Jesús nombre ha dado,
porque Cristo es, por Amor,
el Amor mismo entregado!*

(MARCHA: SOLEÁ DAME LA MANO)

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt. 5,7)

El Señor ha querido regalarme el pregón en este año Jubilar de la Misericordia, tan importante para la Iglesia. He de confesar que este hecho me hizo especial ilusión, ya que me daba la oportunidad de reflexionar junto a vosotros acerca de la misma.

¿Qué es la misericordia? *“Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: <<Padre, dame la parte que me toca de la fortuna>>. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: <<Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros >>. Se levantó y vino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: <<Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo>>.*

Pero el padre dijo a sus criados: <<Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado>>. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: <<Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud>>. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: <<Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado>>. Él le dijo: <<Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado>>. (Lc. 15, 11-32)

De las muchas características que Dios posee, el rostro de Dios en la Tierra, Jesucristo, decide, como el Evangelio de Lucas nos muestra en todo su capítulo 15, destacar una sobremanera: la misericordia. No en vano, dicho capítulo es conocido por el sobrenombre del capítulo de “*las parábolas de la misericordia*”.

La misericordia, el lograr que *“el corazón se conmueva hasta tal punto que pueda sentir las miserias del hermano y querer, de este modo, poner remedio”* es un elemento definidor de Dios, puesto que va entretejido, irremisiblemente, al Amor del Padre por sus hijos.

Sólo Dios puede tener misericordia real, pero nosotros somos las manos del Padre para realizar esas obras en el mundo de hoy. La grandeza, pues, a la que nos invita Dios a través de la Iglesia es infinita, puesto que nos eleva a la categoría de colaboradores del Padre Misericordioso, que se vale de nosotros para realizar obras grandes respetando nuestra libertad de decisión.

En este sentido, entiendo que las hermandades somos vehículos privilegiados de la misericordia del Padre, puesto que se nos ofrecen una serie de caminos para lograr nuestro gran reto: llegar a ser *“misericordiosos como el Padre”*.

El Papa Francisco nos recuerda que *“Jesús afirma que la misericordia no solo afecta al obrar del Padre, sino que se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus hijos”*. Esto lo podríamos transformar de la siguiente manera: conoceremos si somos hermandad en tanto nos pongamos al servicio de la misericordia de Dios.

Otra vez en palabras del Papa: *“Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia es la vía que une a Dios y al hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados sin tener en cuenta el límite de nuestro pecado”*.

Demasiadas veces, cuando leo la parábola que hemos escuchado, me identifico con el hijo mayor; me ponía en su piel y no llegaba a entender el porqué de ese trato, a mis ojos, “injusto”. Demasiadas veces me sentía y me siento con la capacidad de juzgar, de considerarme un buen cristiano que celebra los sacramentos, que intenta cumplir con la ley de Dios y mira, desde la altura, a los “pobres”; a esos “hermanos menores” tan faltos y necesitados de nuestra supuesta misericordia.

¿Realmente no seré yo el “pobre”? ¿Acaso no estoy necesitado de tantas y tantas cosas, Señor? ¿Por qué siempre me pongo en el papel de aquel que juzga al hermano, regodeándose en su propia y supuesta bondad?

Una lectura detenida y orante de esta parábola nos descubre otra perspectiva completamente nueva: Dios no atiende a la justicia de los hombres, tan limitada como nuestra capacidad de conocer y razonar. La justicia de Dios responde al principio de la misericordia: darnos lo que realmente necesitamos, porque se le conmueve el corazón al ver nuestro sufrimiento. La justicia de Dios es abrazarte y celebrar que otro de nosotros se ha salvado. Y nos cuesta demasiado, me cuesta demasiado admitir eso... Como si yo tuviera más derecho que otros, como si le echase en cara que yo “cumplí”. Como si el cristianismo fuese una serie

de cumplimientos; sin recordar las palabras del Evangelio de Mateo: "*Id, pues a aprender qué significa: misericordia quiero, que no sacrificios. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores*" (Mt. 9, 13)

Así pues, antes de ejercer esa misericordia, debemos primero dejarnos abrazar por ella. De tal modo, acudir frecuentemente a los sacramentos nos vuelve a insuflar la misericordia y el Amor necesarios para poder ayudar a derramarla a los hermanos.

No existe nada más hermoso que permitir el perdón de Dios, que reconocernos como "imperfectos" para poder mejorar día tras día. Muchas veces me habrán oído decir los adolescentes de preparación a la Confirmación en nuestros grupos de Paz y Bien: "*le doy gracias a Dios por mis fallos e imperfecciones, porque eso me permite levantarme cada mañana con la oportunidad de ser mejor. Dios cree en mi capacidad de mejora. Deja que Dios te arregle, déjate arreglar por Dios*".

El sacramento de la Reconciliación nos fortalece y nos afianza en el Amor a Dios y a los hermanos; y es una fuente inagotable de la misericordia divina.

No tenemos necesidad en nuestras hermandades de inventar grandes "obras de caridad"; todo lo que precisamos lo pone la Iglesia a nuestra disposición para que lo podamos llevar a cabo: la Palabra, como fuente de oración y conocimiento. La reconciliación, para experimentar el perdón. La eucaristía, donde tomamos fuerza para nuestra labor, invitados al banquete de un Dios tan grande que no necesita grandezas, y toma la forma de Pan por nosotros. Y, por supuesto, las obras de misericordia, que la Iglesia nos invita a redescubrir y en las que las hermandades tenemos todo un plan de acción para con nuestros hermanos; y de este modo alcanzar el objetivo al que está llamado cada cristiano: la santidad. En las hermosas palabras de la Beata Sor Isabel de la Trinidad: conseguir ser "*alabanza de la gloria de Dios*".

Vestir al desnudo, dar de comer al hambriento y de beber al sediento, consolar al triste, enseñar al que no sabe... se nos presentan como una praxis del auténtico cristianismo. Aunque desgraciadamente a veces nos encontremos con la incompreensión y las trabas dentro de nuestra propia casa, dentro de la Iglesia. Ciertamente es que las hermandades debemos hacer mucho más por el prójimo; y este año es momento propicio para reflexionar sobre ello. Pero no es menos cierto que, demasiadas veces, se nos exige mucho más en proporción que a otros grupos cristianos "mejor vistos" dentro de algunos círculos eclesiales.

Eso no es justo, no es misericordia... y debemos encontrar auténtica ayuda de nuestros pastores para recorrer el camino correcto. "*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará; os verterán una medida generosa, colmada, rebosante, pues con la medida que midiereis se os medirá a vosotros*". (Lc. 6, 36-38)

Esta Semana Santa, cuando pongamos con toda la dignidad de la que seamos capaces nuestros pasos en la calle, tomemos conciencia de

que presentaremos al pueblo el rostro de Dios hecho hombre, que siempre es y será el oasis de la misericordia de Dios. El que llamó a Mateo de su condición de publicano para que abrazase la verdadera riqueza del Reino de Dios; que bajó a Zaqueo del árbol para, irónicamente, levantarlo en su dignidad como persona hasta límites insospechados para él. Que abrazó a la mujer adúltera sin condenarla, porque supo descubrir en sus ojos el dolor del verdadero arrepentimiento; y que perdonó a Pedro tras cada uno de los tres puñales que clavó en su corazón al afirmar por tres veces que no conocía al Hijo de Dios...

Se consciente, hermano, de que esta Semana Santa te encontrarás con el mismísimo Amor. No te escondas ni avergüences, fija en sus ojos tu rostro, que allí descubrirás a Dios...

*El que alegre salesiano
con Don Bosco de patrón
entra en la Jerusalén palmeña
revestido de perdón.*

*Ese que se angustia y ora,
reza al Padre con fervor
para marcharse cautivo
y cumplir la Redención.*

*Un Nazareno que cae
porque carga con dolor
el peso de mi pecado
que Él transforma en Amor.*

*Al Cristo que, ajusticiado,
se le trata cual ladrón,
mientras susurra el silencio:
"perdona a tu pueblo, Señor".*

*Aquel que desde Pedro Díaz
derrama Salud y perdón,
y de cuyo costado herido
brota el azahar en flor.*

*El que cumple con su entrega
aquello que nos prometió*

*para morir, expirando,
a los pies de la Asunción.
Y el que una vez ya entregado
y arrancado con dolor
de esta vida en San Francisco,
aguarda la Resurrección.
La que llegará una mañana
soleada de ilusión,
cuando Madre Carmen desde el Cielo
bendiga a Nuestro Señor.
¡Descúbrela, nazareno
palmeño de buen corazón
cuanto esta Semana Santa,
entre el azahar y el cielo,
entre el incienso y la flor,
pase junto a ti y te mire
ese mismo Hijo de Dios!*

Pero, ¿es esto posible? ¿Seré capaz de mirar con misericordia para ser juzgado con misericordia? María, la Madre buena, me demuestra con hechos que lo es. La Virgen nos enseña que vivir en la misericordia de Dios es una realidad en todos los estados de la vida.

Para Ella, la misericordia no es una simple actitud, es un modo de vivir, acompañando su vida al ritmo de Dios. Así defino yo, personalmente, a los santos: *"aquellos que son capaces de respirar al ritmo de Dios"*. María nos enseña precisamente esto, a ser capaces de acompañar nuestra vida, alentados por el Espíritu, y guiados por el Hijo hasta el Padre.

Me gusta pensar que, cada vez que visto la túnica y alumbro a Cristo. Cada vez que, nerviosos, los nazarenos esperan impacientes que la campanilla suene por primera vez para realizar estación de penitencia... Cada vez que mi mirada se cruza con alguna mirada anónima tras el cubrerrostro, mientras el cirio se derrite poco a poco, como una bella metáfora de cómo nuestra vida pasa, dejando su rastro imborrable durante el camino... Cada vez que sientes el escudo de tu hermandad cerca de ti, y no cambiarías ese momento por ningún otro... Cada vez que ocurre eso, hermano nazareno, alumbras a la Misericordia misma, y llevas su luz a todos los rincones de nuestro pueblo. Cada vez

que no faltas a la cita con tu hermandad, te conviertes en “nazareno de la Misericordia”.

Al igual que tú, hermano costalero. Cada vez que una lágrima furtiva recorre tu mejilla cuando el costal se siente apretado en tu cabeza, cuando la faja te impide casi respirar; cuando el corazón se te sale por la boca y se te hace un nudo en el estómago esperando la primera llamada de tu capataz... lo que haces es implorar misericordia a Dios y rogar a su María que nos muestre el camino que Ella siguió para ser la cristiana perfecta.

Piensa y siente, costalero, cada “chicotá” como una parte del camino que te puede llevar al Cielo. Cierra los ojos, abre el corazón y déjate guiar por la voz de Jesucristo, tu Capataz celestial, en la “chicotá” más importante de tu vida, la que ha de llevarte al Padre.

Nadie que no haya estado ahí debajo, sintiendo el dolor intenso que te recorre todo el cuerpo; escuchando las palabras de aliento de tus compañeros; y experimentando la solidaridad de la trabajadera, cuando tus fuerzas fallan y tu compañero aprieta más aún para aliviar el camino... nadie que no haya sentido esto lo podrá llegar a entender. Pero tú sí, costalero... estás más cerca de alcanzar la meta de lo que piensas; con cada paso que das, con cada “revirá” “bien trabajá” te encuentras más cerca de ser “costalero de la Misericordia”. Porque a la Misericordia misma es a la que cargas sobre tus hombros, porque misericordia demuestras con tu cuadrilla, porque a María misericordiosa tienes el honor de llevar en cada Semana Santa...

¿No lo sientes, costalero?

Cíñete bien el costal

aprieta tu faja al cuerpo

y enseña al pueblo a rezar.

Muestra a Palma con tu esfuerzo

que así tú deseas orar

diciendo a Dios con tu cuerpo

lo que no puedes expresar.

“Bien trabajao”, costalero,

qué buena esa “chicotá”

cuando al hermano que sufre

estás dispuesto a cargar.

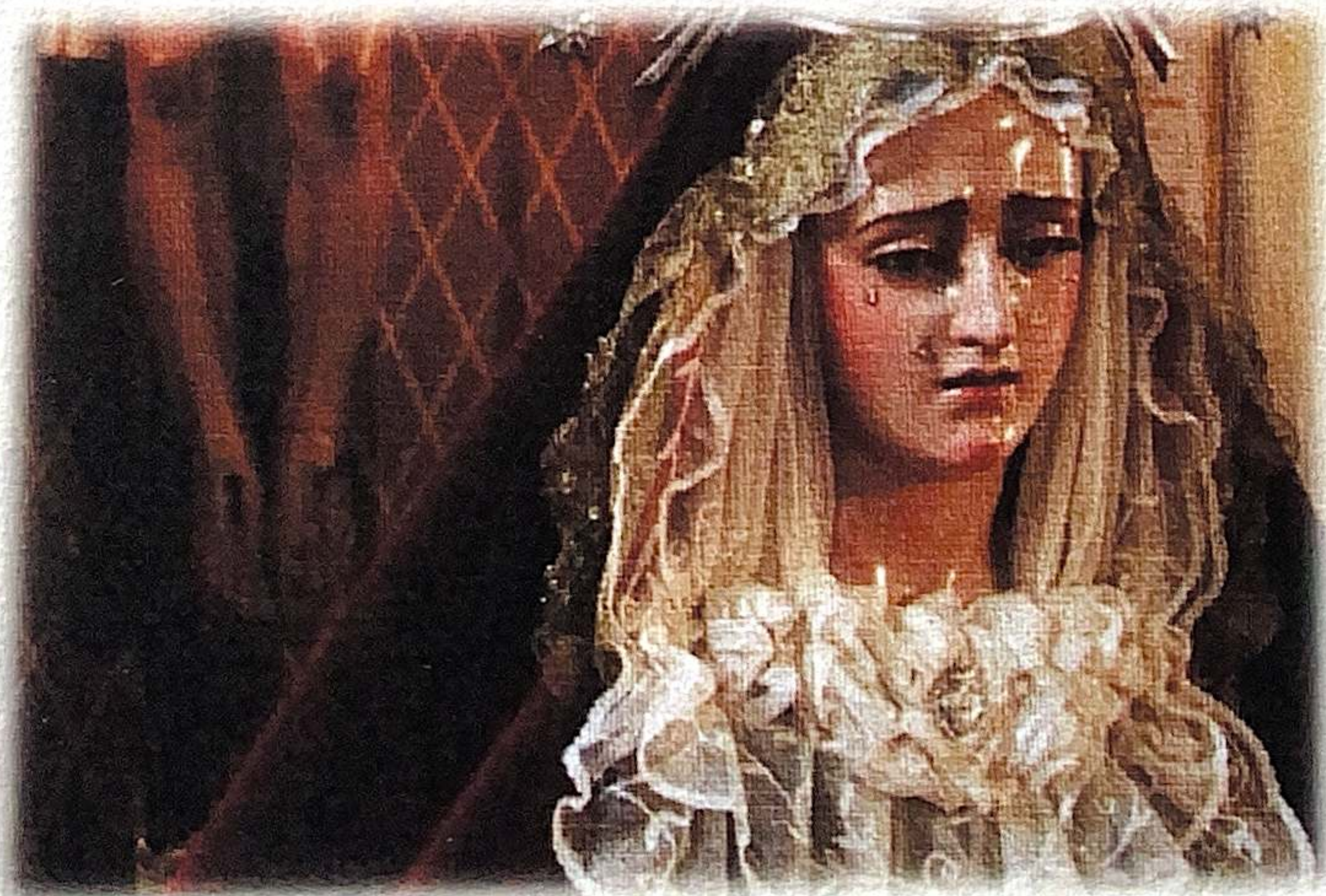
“Buen trabajo”, costalero,

qué bonita “revirá”

cuando a la Madre de Cristo
la meces con sobriedad.
¡Ay costalero sincero
que deseas de verdad
cargar con Dios verdadero,
con cuerpo de carpintero
y entrañas de majestad!
No te canses, costalero,
no te canses de llevar
a la Madre tras el Hijo
que sufre en su soledad.
Que es Estrella refulgente
del Colegio Salesiano
donde auxilia a nuestro pueblo
con Don Bosco de la mano.
Esa que en su capilla
espera y reparte Esperanza,
cuyos ojos de zafiro
postran a Palma a sus plantas.
La que es "belleza serena"
sin pecado concebida,
que escondida entre naranjos
a todos sus hijos cuida.
A la que llamo "Dolores"
al llegar a la Asunción,
y a la que implorando ruego
que me dé su bendición.
Porque Piedad infinita
es lo que derramas, Madre,
y ante tu imagen bendita
van tus hijos a implorarte.

*Y Dolores, volverá
todo el pueblo a consolarte
cuando, mirando al sepulcro
el corazón se te parte.
Serás Aurora cuyo llanto,
Cristo torne el alegría
cuando cumpla su promesa
de abrazarte tras tres días...
Pero ante todo te llamo,
Señora de Cielo y Tierra,
con el nombre más hermoso
que tus hijos te pusieran:
¡Belén, la Casa del Pan!
¡Belén, donde Dios naciera!
¡Porque eres, sobre todas,
Belén, mi Madre y mi Reina!*

(MARCHA: VIRGEN DEL VALLE)



La Pasión

“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn. 13, 1)

Jesucristo acude a Jerusalén a celebrar la Pascua, el memorial de la Alianza que Dios había establecido con el pueblo de Israel en tiempos de la travesía por el desierto en pos de la Tierra Prometida, encabezados por Moisés.

Cristo, como buen judío, celebra el “paso” de la esclavitud de Israel a la libertad, pero como Hijo de Dios, será capaz de completar, de revelar de modo definitivo la Alianza que se prefiguraba en el Antiguo Testamento, para darle sentido pleno. En otras palabras: Jesús acude a Jerusalén para firmar una Alianza Nueva, una nueva Pascua que nos permite el “paso” de la esclavitud de la muerte y el pecado a la nueva Tierra Prometida, nuestro destino eterno: el Cielo.

El Evangelio de San Juan nos narra, de un modo bellísimo, las últimas horas del Maestro con sus discípulos, donde Jesús dejará dichas tantas cosas... El Señor sabe que son sus últimos momentos, que poco después comenzará el Calvario de la Pasión. Así que mide todas y cada una de sus palabras para decir a sus Apóstoles todo lo que debe comunicarles antes de que los acontecimientos se precipiten y llegue el principio del final; que sólo será el prólogo de la Resurrección.

En pocos discursos Jesús es más “Dios”, con palabras de una altura y hermosura excepcional. Pero en pocos discursos, Cristo es tan “humano”, acuciado por un tiempo junto a sus Apóstoles, que se agota.

Os invito a reflexionar conmigo, hermanos, este último gran discurso de Jesús, porque lo que vendrá más tarde el Señor no lo expresará con palabras, sino con hechos, para vaciarse en la Cruz y darnos, de este modo, Vida Eterna. Acompañemos a Jesús y a los Apóstoles esta noche en la última noche larga, esa que precedió el amanecer de una nueva Pascua tras tres días, que durará eternamente. Hoy, esta noche, el escenario se convertirá en Cenáculo donde Cristo mismo nos anuncia, con sus palabras, su Pasión, Muerte y Resurrección.

“Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. (...) Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: <<¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os ha dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis>>” (Jn. 13, 3-5/12-15)

De este modo comenzó, Señor, tu Pasión: lavando los pies a tus discípulos. Enseñándoles con hechos lo que deseabas que aprendieran. El Maestro es el que se arrodilla, y de ese modo, enaltece a sus discípulos, a los menores que permanecían muchas veces sin saber por qué, junto a Jesús.

No quieres un trono en el que sentarte, no deseas una legión de servidores que trabajen por ti. Eres el Mesías capaz de montar en un borriquillo y ceñirte la toalla a la cintura para lavarnos los pies... ¡Qué alejado de nuestra idea de gloria, Señor, vienes a nuestro encuentro! Con un ejército de niños armados con ramas de olivo que te preceden. Con el carisma salesiano que ha sido capaz de hilvanar todas y cada una de las páginas de la historia de la Hermandad de la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén.

Quizá quieres dar estas lecciones y rodearte de niños porque son ellos los que mejor entienden esto de la humildad. Demasiado alejados nos encontramos del servicio, del “humillarse para ser enaltecidos”. Queremos gloria, Señor, pero gloria terrena. Quiero que se me reconozca, que los demás admiren por lo bien que hago las cosas y lo bueno que quiero demostrar ser. Pero... ¿no será que me alinee demasiado con los fariseos, que deseo loas y alabanzas por cumplir con mi obligación? Gracias a mi trabajo puedo experimentar cada día la grandeza de “ceñirse la toalla” y aprender de los que, en teoría, tienen que escucharte. La grandeza de estar “para servir” a los que muy pronto tendrán la responsabilidad de poseer el futuro entre sus manos...

Dame fuerzas, Señor, para descubrir esa grandeza; para que no me deje llevar por las glorias mundanas, y servir a mis hermanos más necesitados, a los que tengo a mi lado y precisan de mí. Este Domingo de Ramos, Señor, regálame una mirada que me haga abrir los ojos a la necesidad del otro...

*Como un niño debo ser
para el Cielo conquistar.
Como el niño que desea
junto a Jesús caminar.
Con su ramita de olivo
para a Cristo acompañar,
guiado por una Estrella
que llora lo que vendrá.
¡Hosanna Rey de los Cielos,
bendito en tu majestad!
porque enalteces al pobre
y al hombre llenas de Paz.
Porque vienes a salvarnos,
Señor de la inmensidad
montado en un borriquillo
que demuestra tu humildad.
Porque quieres enseñarme,
Jesús, por tu gran bondad
que la grandeza del hombre
está en al hermano ayudar.*

“En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar. Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: <<Señor, ¿quién es?>>”. (Jn. 13, 21-25)

¿Seré yo, Señor? ¿Seré yo el que te entregue más tarde con un beso? ¿El que reniegue de ti cuando el miedo sea más fuerte que el Amor? ¿El que se esconda cuando ya no hagas milagros, porque estás cercano a realizar el Milagro por excelencia?

En el Huerto de los Olivos, Cristo experimentará la traición y el abandono. Jesús, Dios hecho hombre, pocas veces se muestra tan humano, y casi cae en la tentación de experimentar una “noche oscura del alma”. Los discípulos sucumben al cansancio y la desidia. ¿Ni tan siquiera pudieron mantenerse en oración? ¿Seré yo de los que caía en el abrazo del sueño y olvidaba la petición del Maestro? “Orad, para no caer en tentación” (Lc. 22, 40).

De rodillas te postras, Jesús, cada Martes Santo en Palma del Río, a los pies del ángel confortador que te presenta la copa que has de beber por nosotros. Cada Martes Santo me recuerdas que debo orar en mi Getsemaní particular, ese que me hace sufrir, el que me priva del sosiego y de la paz. Aun sudando sangre por la angustia ante los acontecimientos venideros, Tú, Señor del Huerto, confías en el Padre y asumes la posición del pobre, del humilde para implorar. Y no pides, Señor, para librarte de nada; sino que pides fuerzas para ser capaz de soportar la inmensidad de la noche que te espera...

Mírame, Señor, lleno de mis agobios y sufrimientos, y permite que te mire y contemple el tuyo, que debe ser sosiego y descanso del mío. Déjame que me postre contigo en Getsemaní para que juntos, Tú y yo vencamos en la oración los momentos de inmensa tristeza y soledad. Porque si Tú estás, ya no hay vacío. Porque si rezo contigo, Señor, mi corazón se colma. No permitas que tenga que preguntar si seré yo, y haz que siempre sea de los tuyos...



*Con olivos silenciosos
como únicos testigos
sufre Cristo el abandono
de los que fueron amigos.
¡Ay Señor de Cielo y Tierra,
quién pudiera orar contigo
y apartarte de ese cáliz*

*que el Ángel te brinda
tranquilo!
¡Ay Cristo palmeño y
orante
del Huerto de los Olivos,
dame, Cristo, valentía
para ser hoy tu testigo!*

“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros” (Jn. 13, 34-35)

Así resumes la Ley y los Profetas; de este modo lleva Cristo a plenitud los Mandamientos entregados al pueblo de Israel en el Monte Sinaí: que el Amor al prójimo sea igual que el que Dios ha tenido por nosotros.

Jesús nos llama, de este modo, a la perfección. A la santidad como hijos de Dios. Así de sencillo es el cristianismo, hermanos; y así de difícil...

Jesús, camino de ser sentenciado, cautivo por nuestros pecados, nos pide ser fieles a su Palabra y a su mensaje, que siglos más tarde resumía de este modo el Papa Pablo VI: *“Amar es el principio, amar es la fuerza, amar es el método”*. A su paso por las calles de nuestra ciudad, con la brisa acariciando su pelo y mecido por los sones del *Consuelo Gitano* que le brinda su cofradía, Cristo parece que anda, tranquilo pero decidido, a cumplir con su destino: ser el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

CORNETAS

Sufriendo el juicio de los injustos, el de los interesados para los que Jesús es un escándalo, porque les hace comprender su error y sus contradicciones al creer que siempre tienen la verdad... Jesús escucha su destino: *“Es reo de muerte”* (Mt. 26, 66). Nada puede hacerse ya; el pueblo, soliviantado por un poder corrupto, que busca una válvula de escape para canalizar la frustración de los pobres y oprimidos, ha emitido su juicio: *“Crucificalo, crucificalo”* (Jn. 19, 6). Qué pronto olvidamos, Señor. Qué poca memoria tenemos... Hasta hace escasos días eras el Mesías que venía a liberar Israel. Ahora, los que hablaban bien de ti no te conocen, piden que mueras como un ladrón.

Sometido al juicio de la opinión pública no vales nada, porque nada nos interesa la Verdad si nos puede estropear un buen espectáculo que nos entretenga; y nada nos importa una difamación mientras no nos afecte personalmente. Nadie piensa en tu Madre, que se encuentra entre la muchedumbre, a la espera del fatal desenlace con un brillo de Esperanza en sus ojos...

*Estás, mi Cristo, cautivo
porque yo te he condenado;
he creído las mentiras
que el mundo de ti ha
contado.
He sido severo e injusto,
con lo que Tú me has amado,
y no he mirado a tu Madre
que sufre con mi pecado.*

*Te entrego, Señor, al patíbulo
que el poder ha preparado,
coronado con espinas
y de injurias mancillado.
Ruego que me perdones,
¡oh Cristo desconsolado!
y redimas hoy a Palma,
que esta noche te ha
entregado.*

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn. 14, 6)

Jesús se titula con los tres bienes que de Él recibimos: el Camino para llegar al Padre, la Verdad acerca de nuestros actos morales y la Vida que de Él obtenemos en la eternidad.

Frente a los “Pilato” de nuestro mundo, que con sarcasmo e ironía preguntan: “*Y ¿qué es la verdad?*” (Jn. 18, 38) aferrados a la futilidad y el relativismo que algunos desean imponer en nuestro mundo; Cristo, el Nazareno de la Madrugá palmeña, se aferra a la Cruz como una certeza y con paso firme a pesar del dolor, se pone en camino, condenado por decir la Verdad, por actuar en la Verdad y ser fiel a ella, para darnos Vida con su sacrificio.

Noche de contrastes, donde el silencio y el frío de la noche se verán quebrados por la devoción sincera de cientos de palmeños a un Nazareno que vela por todos desde su hermosa capilla del Hospital de San Sebastián. Noche en la que María Santísima, bajo su advocación de Piedad, será implorada con lágrimas por muchos de sus hijos, que a la voz de “al Cielo con Ella” expresarán lo que con palabras se les hace imposible; y dejarán hablar al corazón, porque cuando el corazón habla, la lengua sólo puede enmudecer...

Señor Nazareno de Palma, muéstrame el Camino para coger mi cruz; no deseo ser yo tu Cireneo, te ruego que Tú seas el mío, porque la Cruz que tengo que cargar, la que está hecha a mi medida es demasiado pesada a veces para mis escasas fuerzas. Se tú mi única Verdad frente a los que quieren confundirme y dame la Vida que no es vida sin ti...

Coge tu Cruz, Nazareno,
y enséñame a caminar,
porque sin ti yo no puedo
con mis problemas cargar.
Se mi Verdad en la vida
y no me dejes tropezar
en las trampas que me ponen
para verme abandonar.
Regálame una nueva Vida,
vida para demostrar
que sólo por ver tu mirada
merece la pena luchar.
¡Dame tu Cruz, Nazareno
que contigo quiero andar!

“La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: <<Me voy y vuelvo a vuestro lado>>. Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo” (Jn. 14, 27)

Cada Miércoles Santo, la Paz de Dios toma la forma de un Crucificado humilde, que viene a Palma desde los pagos de huerta de Pedro Díaz. El Cristo de la Salud es imagen auténtica de un Cristo sufriente, que está a punto de morir, pero que marcha en Paz hacia su encuentro con el Padre.

Desde su pequeña parroquia, sumergida entre un mar de naranjos que convierten su casa en un deleite para los sentidos, la Salud es invocada en Palma del Río por hermanos vestidos de azul y amarillo que otorgan a nuestra Semana Santa un aire muy especial.

¿Qué debo hacer, Señor, para conseguir yo lo mismo? ¿Por qué mirando tu rostro me inundas de tal sensación? ¿Es que acaso no te duelen las injurias, las burlas de los soldados, las mofas de aquel ladrón? ¿Encontraste el Paraíso entre todos tus naranjos? ¿Acaso es que huele el Cielo a perfume de azahar? ¿Qué has hecho, oh Cristo santo, para derramar tu encanto cada Miércoles Santo por toda nuestra ciudad?

Concédeme, Señor, tu Paz a pesar de las dificultades, y permíteme que, mirando tu rostro, quede sanado de todo pecado, y sepa regocijarme en la Verdad...

Pido a Santa Teresa de Jesús que me preste hoy sus versos, para cantarte Señor de la Salud, que velas por nosotros desde tu parroquia, un oasis de oración en medio del duro trabajo del agricultor...

En la Cruz está la vida

y el consuelo,

y ella sola es el camino

para el Cielo.

En la Cruz está el Señor

de Cielo y Tierra

y el gozar de mucha paz,

aunque haya guerra.

Todos los males destierra

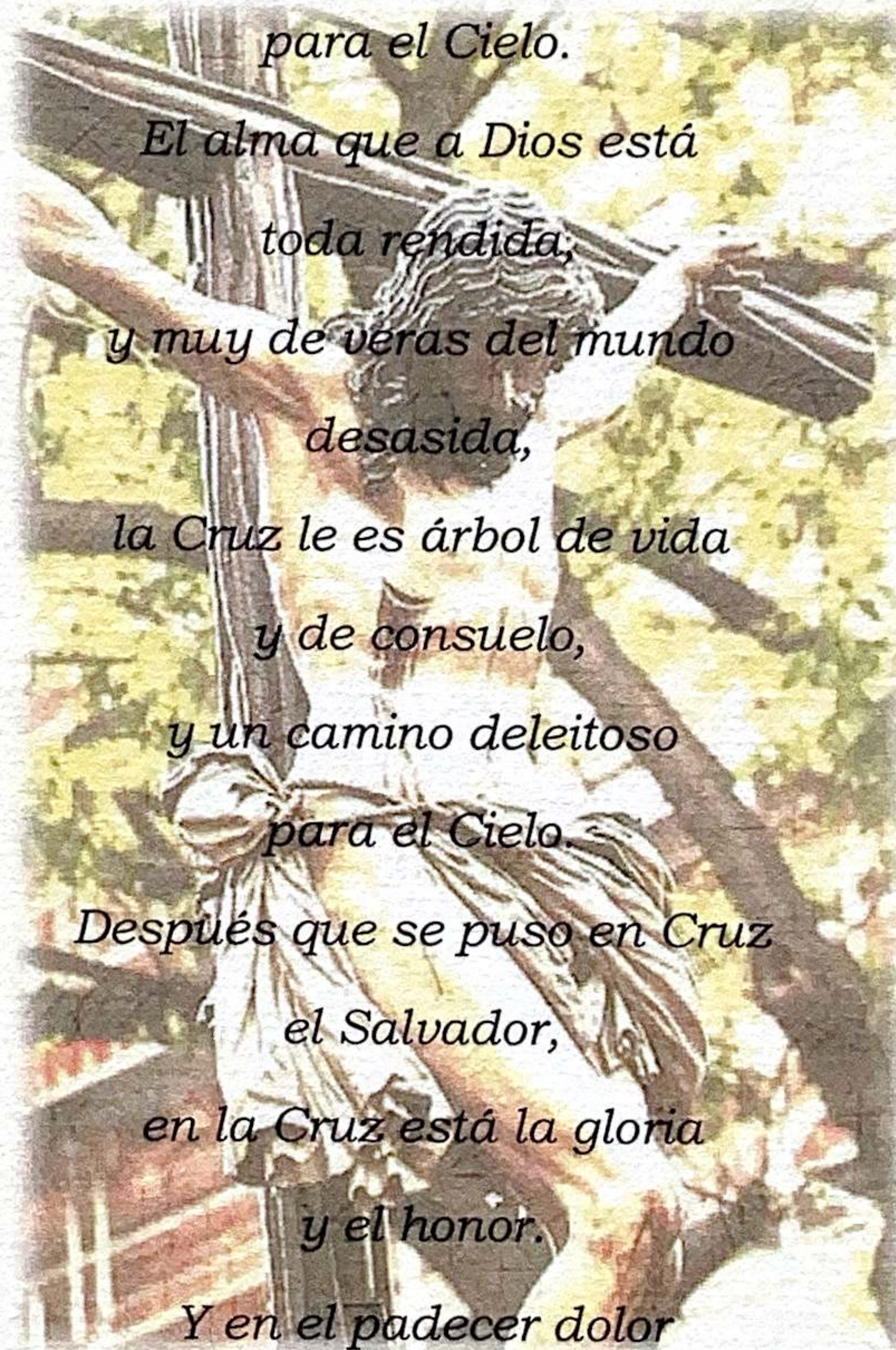
en este suelo,

y ella sola es el camino

para el Cielo.

*Es una oliva preciosa
la Santa Cruz,
que con su aceite nos unta
y nos da luz.*

*Hermano, toma la Cruz,
con gran consuelo,
y ella sola es el camino
para el Cielo.*



*El alma que a Dios está
toda rendida,
y muy de veras del mundo
desasida,
la Cruz le es árbol de vida
y de consuelo,
y un camino deleitoso
para el Cielo.*

*Después que se puso en Cruz
el Salvador,
en la Cruz está la gloria
y el honor.*

*Y en el padecer dolor
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el Cielo.*

Amén

(Santa Teresa de Jesús)

“Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. (...) Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante”.
(Jn. 15, 1/4-5)

“Perdona a tu pueblo, Señor; perdona a tu pueblo...”

Cada Lunes Santo, los rezos de los fieles se convierten en la banda sonora que ahoga a Palma en un mar de tristeza; la banda sonora que acompaña al Cristo de las Aguas en su Vía Crucis. Las calles más estrechas de nuestra ciudad arropan a un crucificado que está a punto de dar su último aliento de vida, que con la cabeza baja siente que no puede más...

El pueblo te acompaña en estas horas desoladas implorando tu perdón, acogiéndose a la misericordia que has anunciado y demostrado en todo el Evangelio.

“No estés eternamente enojado...”

Suplicando permanecer en ti, porque sin ti la asfixia de la noche, el peso del pecado es inhumano y se hace insoportable...

Me gusta verte tan de cerca, Jesús... sin paso, sin flores, sin nada que distraiga mis sentidos de tu Santa Cruz, para rozarte la mano y de este modo, asiéndome fuerte a ella, jamás separarme de ti. Y que cada Lunes Santo me recuerdes de Tú estás ahí por mí; que Tú eres mi verdadera vid, de la que jamás me debo separar...

Vacío de Amor te encuentras

Exhausto y crucificado

Clavado por mis ofensas

Muriendo por mi pecado.

Vacío de Amor te sientes

Mientras me rozas la mano

Y escuchas a todo el pueblo

En Vía Crucis implorando.

Vacío de Amor ya estás

Cercano sientes tu fin,

Cuando a la muerte te entregas

Por amarme más a mí.

“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer”. (Jn. 15, 13-15)

Noche de Amor infinito...

Noche a Amor infinito en el día del Amor fraterno. Noche en la que, en Palma del Río, Cristo expira entre susurros, entre Saetas del Silencio que se elevan hacia el Cielo plomizo que anuncia y presagia muerte. Entre la austeridad que conmueve y a la que llama el Silencio, el Orden y la Devoción...

La noche de la institución de la eucaristía, el Crucificado sobrio de la Asunción aparece entre los muros del casco histórico de Palma, para realizar una auténtica catequesis en la calle:

“Tomad, comed: esto es mi Cuerpo” (Mt. 26, 26)

Cuerpo traspasado por los clavos del pecado, de la soberbia y la vanidad; por el egoísmo de unos hombres que entregan al Hijo del Hombre. Cuerpo roto como el que puedo ver, Señor, con los ojos del alma cuando el sacerdote eleva tu Cuerpo en la eucaristía, y te parte como te partiste en la Cruz para darte hasta el extremo; porque me demuestras que me amas hasta el extremo.

“Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza que es derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mt. 26, 27-28)

A precio de sangre compras mi libertad y me redimes, Señor de la Expiración; con cada gota que recorre tu ajado cuerpo me conviertes en más persona, en más libre, en más humano...

¿Dónde están tus amigos ahora? Solamente acompañado por un joven, una mujer a la que le recordaste su dignidad y tu Madre...

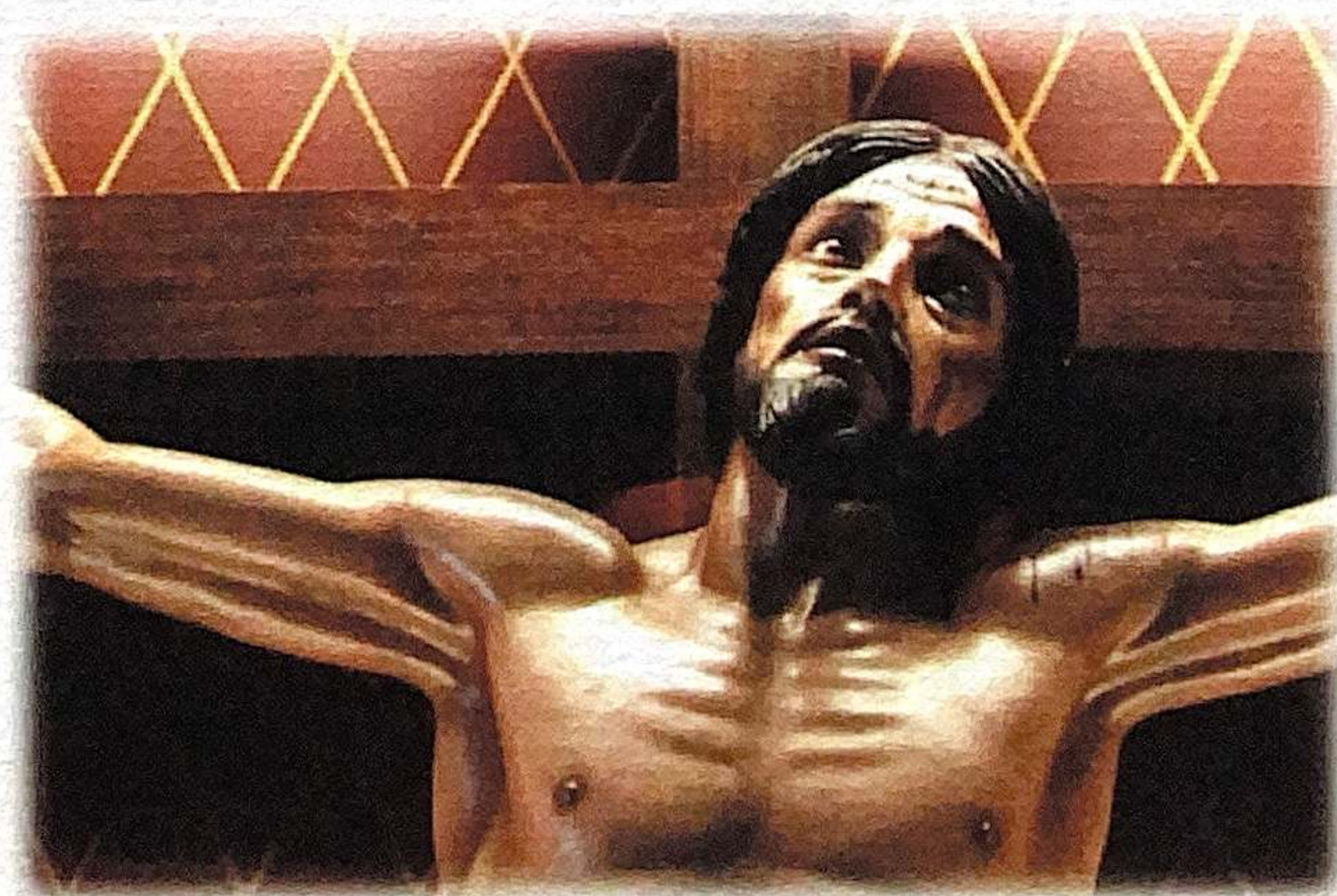
“Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo” (Lc. 23, 37)

Cuántas iniquidades, Señor. Cuánto odio e incompreensión escuchas antes de tu último aliento de vida... mientras tus respuestas siempre están llenas de paz y perdón. Siempre me muestras que tus caminos no son nuestros pobres caminos. Que tu Palabra es la única que sacia nuestras ansias de Eternidad. Dame, Señor de la Expiración, valentía para ser siempre tu amigo, para tener la dicha eterna de postrarme siempre ante Ti...

*No me mueve, Cristo bueno
tu sacrificio en madero;
ya no me mueve ese Cielo
que prometiste al ladrón.
No me mueve el corazón
las espinas incrustadas,
ni esas manos enclavadas
que dieron tanto perdón.*

*Es tu mirada, Señor,
la que llena de alegría
la tristeza de mis días,
la que fue mi dulce guía
cuando perdido iba yo.*

*El Amor que Tú me diste
me tiene, Jesús, en Ti preso;
tanto es así que no puedo
vivir sin ti, ¡oh mi Dios!
¡Ay Cristo de la Expiración,
Cristo que muere en silencio,
en tus últimos momentos
en el árbol de la Cruz,
mírame, Cristo llagado,
clavado por mi pecado
y en la noche, se mi Luz!*



“Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que yo os he escogido sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia” (Jn. 15, 18-19)

Parece, en la tarde del Viernes Santo, que el odio ha vencido al Amor. Que la muerte ha sido la ganadora. Que el final te llegó, Señor, a las tres de la tarde, con pocos amigos y mucho miedo a su alrededor...

¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso las tinieblas han sido capaces de derrotar a la Luz? ¿Tiene la muerte la última palabra? Después de tanta lucha, de tanto sufrimiento, ¿es éste el final de todo...?

La tristeza inunda de blanco y negro las calles de nuestra ciudad, mientras Cristo yacente en el sepulcro es precedido por el cortejo fúnebre y el respeto de todas las cofradías.

Bien parece que estas palabras dirigidas a tus Apóstoles estaban dirigidas a nosotros, porque fueron tan proféticas... Parece que se está instaurando un clima de odio contra todo lo que es nuestro. Parece que hemos olvidado las indudables raíces cristianas de nuestra sociedad, para abrazar el odio por el odio basado en la sinrazón y el interés personal.

Estamos entrando en nuestra sociedad en una carrera destructiva que, sin ser muy conscientes de ello, es autodestructiva, porque intentar eliminar el cristianismo de la base de la sociedad es dinamitar las bases de la sociedad misma. Sería igual que olvidar la influencia de los filósofos griegos o los valores de las Revoluciones Liberales del siglo XIX... Todos ellos conforman y tejen nuestra cultura; y mal camino llevamos si no somos capaces de defender y conservar nuestra propia cultura, lo que nos ha hecho ser quienes somos.

Yo no deseo imponer nada, pero exijo que se me respete. En virtud de la libertad, en virtud de los derechos a los que tanto se alude cuando nos interesa... No sólo pido respeto, exijo y merezco respeto por ser cristiano; el mismo que merece cualquier persona que no lo sea.

¿Tanto molesta tu Cruz, Señor? ¿Tan abominable es ante los ojos de un mundo supuestamente moderno y democrático? Tu Cruz simboliza y me recuerda el perdón, la fraternidad, el Amor... Entonces, ¿cuál es el problema? El problema es que el odio quiere vencer, demasiadas veces alentado por nuestra propia pasividad. Y ante ese sentimiento debemos defender lo nuestro, orgullosos de nuestras creencias que, a diferencia de los que quieren usar la ley o la intimidación a su antojo, se propone, no se impone; porque la Verdad cae por su propio peso.

Cuando te vea el Viernes Santo, Señor, no permitas que caiga en el desánimo ni en la desesperación o el odio. Permite que, hasta en los momentos más tristes, recuerde que esto no es el final; que la Vida y el Amor siempre vencen, al igual que Tú venciste a la muerte.

“Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo” (Jn. 16, 33)

¡Aleluya, Señor! La misma noche de la Última Cena lo anunciabas a tus Apóstoles. La muerte no tiene la última palabra; la muerte no puede vencer a la Palabra hecha carne, así como el Mal jamás puede, en términos absolutos, con el Bien.

Me animas, Jesús, a tener valor en medio de mis mediocridades, de mi pobreza y de mi falta de fe. Te proclamas vencedor antes de que termine la lucha que comenzó con los gritos de “hosanna” mientras montabas un borriquillo, y que concluirán con el sepulcro vacío y una dulce voz: “*María*” (Jn. 20, 16) cuando la Magdalena lloraba porque creía que habían robado el cuerpo de su Señor.

¿Con qué dulzura no hablarías, Jesús, para que ella te reconociese? ¿Con qué dulzura no me hablarás el día que consiga verte cara a cara, el instante en que me postre ante tus plantas y tú, dulcemente, me abrasces para siempre? Ese será el Cielo para mí, eso es lo que creo que has hecho con todos y cada uno de los míos que partieron hacia Ti y gozan de tu presencia. Allí tienes a los buenos, a los que tanto hicieron por nuestra Semana Santa; trátalos con cariño, porque por aquí siempre los echaremos de menos... Los juzgaste con misericordia porque miras con ojos de Amor nuestras vidas; porque no quieres ni sabes mirar de otro modo nuestra existencia...

Cada Domingo de Resurrección los rayos de sol y la suave brisa, inundados del azahar de los naranjos que hacen las veces de escolta de la puerta de Santo Domingo, el Señor Resucitado se mueve al son de las cornetas para tomar de la mano nuestra esperanza en el día en el que todo acabe, cuando las gloriosas puertas de mi Colegio, donde guardamos con mimo los anhelos y deseos de tantos niños y jóvenes que se educan para la vida al amparo de las Hermanas y de nuestra bendita Madre Carmen, se cierran para contener nuestros sentimientos hasta el año próximo. Y, como en un bucle perpetuo, todo dará comienzo de nuevo ese mismo día, siendo la señal de salida del comienzo del trabajo hecho con cariño para la próxima Semana Santa.

Pero, hasta que llegue ese momento, ¿no me vas a dejar nada para tu recuerdo, Señor? ¿Me privarás de tu bendito rostro, de tu santa presencia? Mientras tanto, Tú te me ofreces en el altar, donde puedo conmemorar tu entrega y celebrar tu Resurrección. En un milagro de Amor tan grande, que es capaz de resumir toda una Semana Santa en cada eucaristía.

*No quiero, Señor, que te me vayas;
que tu mano se aleje de la mía.
No deseo que se pierda el último paso,
ese que ya veo en la lejanía.
¿Qué hacer, Cristo, para que te quedes?
¿Qué decir para alargar este día
en el que resucitas y me muestras
que hay esperanza para quien en Ti confía?
“Esto nunca termina”, me replicas,
mientras el gozo inunda el alma mía;
pues, cuando haya un sacerdote consagrando,
cuando recen tus hermanos día a día,
¡Yo, Cristo, os regalaré una Semana Santa
cada vez que celebréis la eucaristía!*

“Está cumplido” (Jn. 19, 30)

Como el Cristo que me mueve, aquí expira mi pregón. En él me he vaciado; con él, como con los buenos amigos, he compartido momentos de duda, de vacilación y de inmensa alegría y esperanza.

He llorado en la soledad del pregonero; en la pesadilla del escritor, cuando te enfrentas a la angustia del papel en blanco, y te ves obligado a remover el cajón de los recuerdos que parecían perdidos; y éstos vuelven, golpeando tu presente, tamizados con la pátina del tiempo, para emocionarte como lo hicieron en su día, o incluso más... Es traicionera la memoria, pero es sincero el corazón...

Es duro escribir un pregón; es abrir el alma y postrarla ante Dios. es mostrarte tal y como eres, sin cubrerrostro ni al amparo de un respiradero. Y eso, creedme hermanos, que cuesta en un mundo como el de la Semana Santa que es, como la vida misma, porque forma parte de ella.

Pero, a pesar de todo, lo más duro es concluirlo; porque con mis últimas palabras el pregón será también vuestro. De todas las personas de buena voluntad que hayan tenido los oídos y el corazón atento a lo que tenía que contar esta noche.

Pese a que termine aquí, sigo siendo pregonero. Pregonero con mis artículos, pregonero con mis obras, que deben hablar mejor que mis palabras... Al igual que todos sois pregoneros, porque con nuestra vida tenemos la responsabilidad y la suerte de poder anunciar a Cristo Resucitado; de escribir nuestro propio pregón que durará toda la vida.

Antes de concluir, es justo dar las gracias a todos los que me han ayudado y se interesan siempre por mí, haciendo las cosas más fáciles. Cuando pienso en vosotros sólo se me viene a la mente la expresión que San Francisco repetía lleno de gozo: “¡El Señor me dio hermanos!”. Verdaderamente así lo siento yo con cada uno de vosotros.

A mi hermandad de la Expiración, porque creyeron en mí cuando ni yo mismo creía; y porque me dan la oportunidad de hacer algo grande para un historiador pequeño: levantar acta de nuestro día a día desde mi labor de Secretario, donde llevo muchos años dando fe de nuestros sueños y proyectos.

Y a las hermandades, que depositaron en este simple catequista su confianza. Cuando pienso en el regalo que me habéis hecho, sólo puedo decir, citando a San Pablo en su Carta a los Filipenses: “*Hermanos, yo no pienso haber conseguido el premio. Solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús*”. (Flp. 3, 13-14). Pido a Dios que nunca pierda de vista estas palabras; y mientras el Señor me conceda tiempo, pueda trabajar en mi hermandad por lo que creo. Este pregón no ha sido la meta, sino el punto de partida para seguir trabajando... Así quiero que me encuentres, Jesús, trabajando con esperanza hasta el final. De este modo, mi vida dentro de las hermandades habrá valido la pena.

A mi Colegio; a mis Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones, porque me enseñan el sentido de familia que va más allá de los apellidos, dentro del carisma franciscano de Madre Carmen. Porque a muchas de estas reflexiones he llegado gracias a vosotras y vuestro ejemplo diario.

A mis alumnos, los que son y los que fueron, porque son capaces de soportar todas y cada una de mis charlas interminables con una sonrisa; y entienden que creo firmemente en un mundo mejor, ese mundo que veo reflejado en el brillo de vuestros ojos a diario, y que me anima a continuar con mi labor de profesor, la profesión más hermosa que conozco.

A mi familia, tanto a mi padre, que espero que se sienta orgulloso de este pregón, como a mi madre. Ella es mi ejemplo. Ella me demuestra que la santidad es posible. Con ella he descubierto que a la vida se la mira de frente y sin miedo, aferrados a la Cruz y alimentados en la eucaristía. Y a José Manuel, que ha puesto nombre a la alegría de nuestra casa, llamándola Claudia.

Y a ti... a la mujer que me ha mostrado que a Cristo también lo puedo invocar bajo la advocación de "Mayor Dolor". La que me ha regalado otra familia, y con la que puedo exclamar a los cuatro vientos: "*¡Bendito sea Dios, que tanto nos quiere!*". A ti, Ángela, siempre a ti...

El azahar se ha enterado
del gozo que hay en el pueblo;
siente envidia la azucena
porque escucha unos requiebros.

Ya la brisa es diferente,
ahora trae el aire incienso;
y el perfume de claveles
inunda por doquier los templos.

El viento porta susurros
y oraciones en silencio;
brotan, entre las miradas,
lágrimas de amor sincero...

Y entre las viejas paredes
de entre nuestros viejos templos,
las luces de los sagrarios
adquieren un brillo intenso.

¿Qué milagro en primavera
es el causante de esto?

¿Qué embrujo recorre Palma
que me estremece los huesos?

Parece que estas fechas
el mismo Padre del Cielo
planta sus pies en la tierra
y se entrega por entero.

Y cuando menos lo esperes

Te envolverá con sus sonos una música especial...

Y una mezcla de fragancias
hechizará tus recuerdos.

Será entonces cuando venga,
y entonces, ella vendrá...

¿No lo oyes, nazareno?

¿No lo sientes, costalero?

¿No sabes que va a llegar?

¿No ves a ese Cristo moreno
que antaño fue carpintero
y ahora nos va a salvar?

¿No te duele derrotado,
marchito entre un olivar?

¿Cautivo y desamparado,
varón de dolores cargado
con la Cruz de mi pecado;
y más tarde abandonado
para después expirar?

¿No ves a la Madre buena,

María la Nazarena,

con el alma henchida en pena
por no entender tal maldad?

Será entonces cuando venga;
y entonces, ella vendrá...

Y en siete benditos días
lo que tristeza parecía
Cristo volverá alegría
después de resucitar.

¿No sientes cómo se acerca?

¿No sabes que va a llegar?

Cuando el nazareno tome su túnica,
y con la luz de su cirio desee a Cristo alumbrar.
Cuando el costalero bueno se ciña fuerte el costal,
y respire muy profundo en la primera "*levantá*"...

Entonces, y sólo entonces

el corazón te dirá

lo que tu alma sabía

porque se lo susurró el azahar.

¡Ya llegó Semana Santa,

ya no tienes que esperar.

Ya camina por mi pueblo

Cristo para anunciar

y dar gloria a Dios en el Cielo

y al hombre traer la Paz;

para colmar a los pobres

y al cautivo del pecado

con su mirada librar!

¡Ya está aquí Semana Santa,

y Dios vuelve a regalar

a Palma que tanto lo espera

ese milagro de Amor

que sólo Él puede dar!

He dicho